

La enseñanza de la Religión en la Universidad

MEDITACION CON EL P. LLANOS

Su artículo, padre Llanos, del número 19 de la REVISTA DE EDUCACIÓN me ha conmovido hondamente. No es que fuera para mí algo nuevo; el fracaso de la enseñanza religiosa en la Universidad—y en la misma Enseñanza Media—había sido voceado desgarradamente hace mucho tiempo. Pero esa sinceridad desnuda, y luego el tono amargo y, acaso, la sensación de impotencia que por él discurre, es lo que hierde el ánimo violentamente. Ese final, en que parece como si usted se cruzara de brazos y dijera “esperemos sin saber qué”, es lo que provoca el salto. No es que yo vaya a resolver nada; en realidad, no tengo una experiencia directa y actual de esta enseñanza; los seglares no enseñamos religión—¿será esto un acierto?—. Bien es verdad que no es ésta la primera vez que hablo de temas religiosos, ni aun de este tema. Pero insisto en que no podré resolver nada; lo que sí quedará patente es que, en el peor de los casos, habrá que empezar donde usted termina, padre Llanos; y también intentaré dejar planteado el problema con claridad, que es lo primero para resolverlo.

Bajo tres aspectos puede ser considerada su crónica:

1.º En cuanto experiencia personal. En este sentido, le pertenece a usted enteramente; los que enseñan Religión, los que viven problemas religiosos, lo único que deben hacer es agradecer el análisis frío y objetivo que hace usted de una experiencia indudablemente ingrata.

2.º En cuanto supone un modo de entender el objetivo de esa enseñanza. En este sentido se plantea el problema mismo de su finalidad, que debe quedar formulado explícitamente y con claridad.

3.º En cuanto formulación de conclusiones generales. En este sentido nos afecta a todos, y es una invitación a la meditación casi inexcusable.

Por lo que al primer aspecto se refiere, nuestra actitud no puede ser, como hemos dicho, sino de aceptación de su declaración y de gratitud. Mis palabras girarán sobre las otras dos cuestiones. Procuraremos mantenernos en una posición también objetiva, sin propugnar una u otra solución, sino exponiendo las exigencias o dificultades que plantea cada posible posición ante esta materia.

Comencemos, pues, por el punto 2.º La Religión en la Universidad—y en la Enseñanza Media—o es una asignatura más, o no es una asignatura más, ni aun quizás “una asignatura”. (Hablamos de la Religión como saber.) Esto es lo primero que debe decirse. Si es una asignatura más—y conste que he visto defender esta postura a algún excelente profesor de la

misma—, el propósito de esa asignatura ya se sabe cuál es: que el alumno asimile unos conocimientos previamente determinados por un programa; la asignatura tiene una finalidad informativa.

Desde el punto de vista del profesor, las exigencias se limitan a su adecuada formación científica y a los problemas especiales didácticos que la materia le plantea. Y luego, a exigir el programa. El profesor de Religión, en este caso, como tal profesor al menos, no tiene un cometido apostólico; su labor en este sentido será accidental. Desde el punto de vista del alumno, la Religión será una asignatura más que soportar y estudiar, como tantas otras, le interese o no. Para obtener el título hay que saber de “eso”, como de otras cosas, porque así está mandado.

No cabe duda que este modo de entender las cosas simplifica mucho. El estado de espíritu del alumno no cuenta, salvo en su perspectiva didáctica. El argumento positivo de esta postura es que “interés” por una disciplina (es decir, afán por incorporar al propio espíritu los problemas de un saber, de modo que éste llegue a “operar” sobre la propia vida espiritual—en este caso cultural y religiosa—) no lo tiene casi nadie; esto es algo reservado para una élite muy reducida (1). La inmensa mayoría de los estudiantes estudia a la fuerza; la Universidad es para ellos un lugar de tránsito, lleno de molestos obstáculos para alcanzar una situación de ventaja; el saber, como medio de perfección de la propia personalidad, y no digamos como vía de salvación, les es ajeno. Conclusión: la situación de la Religión como disciplina intelectual es, ni más ni menos, la de otras asignaturas, y no hay que pretender otra cosa.

Una dificultad sería se opondría a esta actitud: el saber que ha de suministrar la asignatura de Religión rebasa los límites en que está incluido, pues constituye en realidad una Facultad, la de Teología. En tal caso, habría que decidir claramente si se pueden tomar ciertas parcelas y cuáles.

Pero son muchos, seguramente la mayoría, los que no están conformes con este modo de pensar; entre ellos, creo entender, está el padre Llanos. Entonces vamos a la segunda parte de la disyuntiva: la Religión en la Universidad no es una asignatura más,

(1) Seguramente, el caso se da también en casas religiosas y Seminarios, lo que no es obstáculo para que en esos mismos se den buenas vocaciones. Y es que yo creo que esa vibración del espíritu al contacto con la ciencia es algo que casi siempre escapa a la voluntad del individuo: se produce el fenómeno en unos pocos individuos y no se produce en otros; en esos pocos despierta algo que estaba en ellos; en éstos, no despertará nada, porque nada dormía.

puede que ni una asignatura. En este caso, la enseñanza de la Religión en la Universidad se definiría por su fin: se propondrá no tanto dar un conocimiento científico, como crear (o fortificar) en los jóvenes una conciencia religiosa certera, que le impulse a conducirse en su vida pública y privada como buenos cristianos. La Religión será asignatura informativa sólo subsidiariamente; principalmente será formativa.

El plantear así la cuestión, vinculando la disciplina intelectual a la vivencia religiosa, suscita graves problemas que no hay más remedio que afrontar. El problema capital es el de la adhesión íntima, que, dada la edad que el alumno tiene, debe ser supuesto previo; esto explica bien que el padre Llanos eche la culpa al ambiente. Problema conexo es el de la forma de nuestro catolicismo, en la cual lo religioso se manifiesta corrientemente como algo puramente íntimo, como una inquietud personal de conciencia, que se resuelve en ritos rutinarios, sin llegar a trascender a la vida pública o privada; de modo que una sociedad católica o dirigida por católicos no difiera en nada de otra neutra, salvo en ciertas exterioridades y accidentes. Quizás esas rutinas agravan la cosa al actuar de sedantes de las conciencias. Es posible que la situación ambiental a que el P. Llanos alude sea ésta.

Entremos ahora en el punto tercero y meditemos un poco. Tras situarla en este grupo y esbozar los dos problemas capitales que suscitan—que se resuelven en suma en uno solo, análisis crítico de nuestro catolicismo—, quiero detallar un poco. A dos causas achaca el fracaso de esta enseñanza, formulando conclusiones generales, el P. Llanos: primero, el ambiente, causa que considera capital; segundo, causas que expresan unas dificultades características en la misma docencia religiosa. Sin duda esta causa es capital también. Después señala usted otras causas, las más de las cuales derivan claramente de una metodología equivocada: desprestigio de la enseñanza oral, enseñanza anterior mal orientada; otra de raíz más honda, cuyo exponente es el ambiente señalado: practicismo rutinario, utilitarismo general. Todas juntas se manifiestan en una actitud: desinterés absoluto. Por eso usted, P. Llanos, termina echando la culpa a “doña Ambiente”; es decir, que lo que aquí fracasa es “la pre y la circa-Universidad”. Y aquí termina. No seré yo quien discuta esta afirmación, máxime que estoy exponiendo. Lo que digo es que esto es trasladar el problema; que entonces hay que empezar exactamente donde usted termina. Aceptada esa afirmación, las preguntas saltan solas: ¿Por qué emplear el esfuerzo vanamente en la tarea docente universitaria, en vez de emplearlo en la transformación del ambiente, ya que éste es un dato previo? Y entonces, ¿cómo romper ese cinturón ambiental? Con la educación y enseñanza religiosas. Pero ésta necesita un ambiente previo... Entramos en un círculo.

La cuestión no va por ahí. ¿No habrá causas más hondas que expliquen ese ambiente? ¿Por qué ese cansancio de formas, esa fatiga de que usted habla? Y todas las cuestiones desembocarían en una necesidad de revisar nuestra vida católica. En nuestra guerra civil ganamos un Estado católico, vehículo magnífico, instrumento eficaz. Todo eso y nada más. ¿Se habrá confundido acaso el medio con el fin?

Antes de seguir adelante recogeremos la nota que, por una casualidad, aparece en el mismo número de

esta REVISTA, página 143. Es una polémica en torno a la enseñanza de la religión en Zurich. La explicación del fenómeno del fracaso de esta enseñanza en aquellas latitudes es casi idéntica a la del P. Llanos; se diría que el artículo del Zürcher Spiegel y su crónica son gemelos. La diferencia reside en la parte positiva, que en usted falta o está implícita y allí está explícita; simplemente se continúa extrayendo consecuencias lógicas desde el punto en donde usted suspende su juicio. Pero es el caso que la situación es muy distinta allá que aquí; nosotros tenemos un Estado católico militante, con todo lo que esto significa. Si el resultado es idéntico, ¿qué es lo que aquí falla? Y lo que sea es alarmante. Porque este Estado, que para los que tenemos más de treinta años es un hecho básico incommovible, va a necesitar pronto una justificación para las generaciones que ya empujan, que no sea la puramente histórica; justificación que no consiste sino en que cumpla con eficacia su carácter de medio, imprimiendo ampliamente en la sociedad española sus propios caracteres; alcanzado esto, estarán conseguidos los objetivos capitales y el Estado nacido de la guerra se identificará con el Estado producto de una paz hija de la unidad. Si en alguno de los rasgos característicos no hubiera avance, lo sensato sería rectificar.

Las soluciones que dicho periódico suizo propugna, y algunas que añadiremos, son válidas, sea cualquiera la formulación de fines que para la enseñanza religiosa se admita. Helas aquí:

1.º La pedagógica. Sin duda hace falta un profesorado de Religión bien equipado para su tarea. Claro que esto no modifica la situación con respecto del alumno, si se admite que ha de venir “preparado”.

2.º La motivación de la vida religiosa y la exposición grata en el primer ciclo (se refiere al Bachillerato); en el segundo, la tarea sería exponer los grandes problemas religiosos con su raíz histórica. Aún se pueden añadir más soluciones, operando siempre en el supuesto de que la enseñanza religiosa supera un propósito informativo.

3.º La ejemplaridad de la vivencia apostólica. Si la raíz última del desinterés está en el pragmatismo utilitarista, al alumno han de ofrecérsele vivos ejemplos de espiritualidad y entrega apostólica. El sacerdote ajetreado, “profesionalizado”, aunque sus ajetreos tengan su esfera en la vida religiosa, se presenta a los ojos del alumno en una situación parecida a la de su propio padre.

4.º No estaría mal ensayar el que seculares, cuando fuera posible, colaboraran en la docencia religiosa, al modo, por ejemplo, como lo hacen a través de la Acción Católica. No quiero decir seculares-profesores de Religión; quiero decir seculares prestigiosos en sus cátedras—o en otras esferas—que reunieran condiciones adecuadas. El problema de la ejemplaridad tendría aquí un sentido bien diferente: el estudiante entiende bien lo que es un padre de familia, con todos sus quehaceres interesados; vería en estos casos cómo la espiritualidad entronca con una vida de mundo atareada.

Aunque usted no haya excluido la Enseñanza Media de responsabilidad especial, debe de haber mucho que hablar en esta zona. Ese hartazgo de ciencia y prácticas religiosas, mal adobado y peor digerido, viene muchas veces de ahí. Miles y miles de adolescentes

viven sus años de Enseñanza Media presionados y coaccionados para que se entreguen a unas prácticas todo lo piadosas que se quiera; pero que no son indispensables para una vida cristiana. Más aún, que el día de mañana no podrán realizar, salvo los héroes de la santidad. No es de extrañar que para muchos el fin del bachillerato sea una liberación y para otros, los menos valientes, la religión se reduzca a un ritual cómodo, purificador y sedante.

Resumiendo: hay que definir una cuestión capital: finalidad de la enseñanza de la Religión en la Universidad. Posiciones posibles:

- a) Es una disciplina informativa. Esta posición elimina muchos problemas, aunque suscita el de si su contenido no superará los límites de la asignatura. El estado del alumno no cuenta aquí.
- b) Es una disciplina formativa, destinada a fortalecer la vida cristiana. Los problemas surgen aquí en madeja:

- 1) La información se convierte en algo subsidiario.
- 2) Tendrá un aspecto cultural y espiritual a la vez; el alumno enriquecerá su espíritu y lo conformará con este saber al hacerlo suyo.
- 3) No es posible prescindir del estado previo del espíritu del alumno. Si es hostil, indiferente, ajeno, todo será vano; ni siquiera la parte informativa servirá de nada al faltar el necesario espíritu de receptividad. Es en este aspecto en el que entiendo está incluida la experiencia del P. Llanos. Buceando en los motivos, formula la idea de que la culpa es del ambiente. Y no añade más. Nosotros creemos que partiendo del principio formativo no se puede terminar ahí, sino empezar.

4) Echar la culpa a la pre y circa-Universidad es simplemente trasladar el problema. Esto supone propugnar que el alumno debe llegar a la Universidad "preparado", como condición para la eficacia de la enseñanza en ella. Luego—conclusión lógica—habría que orientar el esfuerzo hacia esa "preparación" y no perder tiempo en lo que resulta condicionado; luego habrá antes que transformar el ambiente católico español; luego lo que falta es algo más hondo que la enseñanza universitaria de la Religión, acaso la forma de obrar y producirse de nuestro catolicismo, dadas las ventajosas condiciones en que opera desde hace quince años.

Claro es que a mí me queda en pie una duda: aun suponiendo un ambiente propicio e impelente al estudio de la Religión, ¿se dará ese interés vivo, ese afán por incorporar al propio espíritu los problemas del saber religioso, no ya en la mayoría, sino en una aceptable minoría de estudiantes? Si decimos que no, resultará que todos los problemas de esta enseñanza son imaginarios; no quedará en pie más que un problema, que no es el de la enseñanza religiosa, sino de nuestro catolicismo en general: saber si las nuevas generaciones que van llegando traen una conciencia religiosa capaz de modelar su vida pública y privada en un sentido hondamente cristiano. Parece que esto no se ha logrado, según se deduce de muchas afirmaciones. Pero entonces ni usted, ni ningún profesor de Religión de la Universidad tienen la clave del problema como tales profesores. La revisión tendría un mayor alcance.

V. EUGENIO HERNÁNDEZ-VISTA